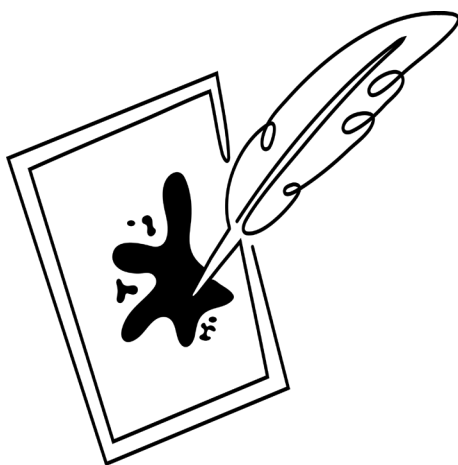


[Prólogo]

CAROLINA VILLADIEGO



SI le tenemos que dar un motivo al inicio del *fanfiction*, tiene que ser el amor. Este eje transversal, que ha movido al humano a través de su desarrollo, libertad y supervivencia, ha sido el mismo que creó uno de los movimientos más exponenciales de la literatura de la última década. Los primeros *fanfics* que nacieron fueron gracias al amor que esos escritores le tenían a la obra original. Luego se expandió para mostrar aprecio a un personaje, una historia o, incluso, una pareja. Cuando nos detenemos a mirar todo lo que se construye a través de la comunidad de *fans*, se puede ver a simple vista el amor que brota de todos lados. Cada dibujo y cada escrito expresa una profunda devoción a un trabajo que se considera una obra de arte.

Por eso, para mí, resulta bastante sencillo encontrar en este ambiente lleno de *fans* enamorados pequeñas piezas de diamante en bruto que brillan en un universo infinito de trabajos. Esta colección de relatos es una muestra del maravilloso talento que se encontraba allí oculto, listo para ser observado por más personas fuera de los límites de sus respectivos *fandoms*. Todos ellos son escritores que apenas inician un camino, pero tienen un potencial inigualable listo para ser desarrollado y salir a la luz. La propuesta de *Escúchalos amar* no solo desea mostrar la visión que ellos tienen de una pareja consolidada sin importar la adversidad a la que deben enfrentarse, también busca hacer que su propio amor por

la escritura sea escuchado, ese que desarrollaron durante años y ahora grita para ser observado y admirado.

En esta antología encontraremos diferentes perspectivas del amor, pero también diversos estilos de escritura que han crecido en silencio, en medio de otros miles de escritores, y en una comunidad tan diversa y compleja que es difícil definirla con un solo nombre. Vemos sus pasiones, sus inquietudes y su deseo de expresar un mensaje contundente en espera de ser leído.

El primer relato sitúa el amor en un ambiente paranormal fascinante, una relación inusual y poderosa que se enfrenta a uno de sus mayores conflictos. De allí, encontraremos una historia cotidiana, tanto que las imágenes aparecerán con la calidez de una taza humeante en una noche de lluvia, y el amor, no solo entre dos hombres, sino entre un abuelo y su nieto, se verá confrontado en un relato lleno de humanidad. Para el tercer cuento, nos moveremos en una relación consolidada que lidia con la pérdida que ningún humano quiere vivir. Los votos del matrimonio se ponen a prueba en una historia íntima. De allí, tomaremos un pasaje a toda velocidad con una pareja que se esfuerza por hacer suyo el derecho de amarse y que está dispuesta a buscar el lugar perfecto para estar juntos.

La magia no deja de estar presente en esta colección: el quinto relato nos llevará a un universo donde las almas están destinadas. ¿Qué sucede cuando debes revelarle a tu pareja tu más grande secreto?

Después presenciaremos una relación que aún se mueve en la clandestinidad: dos mujeres tendrán que decidir si es momento de hacer público el profundo amor que se tienen y salir juntas de aquel lugar al que muchos denominamos «el clóset». Tras esto, nos moveremos al pasado, a la vida de una pareja que prioriza mantenerse con vida para cumplir una promesa en uno de los tiempos más espantosos vividos por el hombre: el Holocausto. El amor hará temblar nuestras entrañas en uno de los textos más conmovedores de esta antología.

El amor no tiene límites, es así como el relato número ocho nos llevará a una escena en los abismos, donde el amor es el único

que intenta conservar las esperanzas encendidas cuando todo lo demás parece perdido. Por otro lado, la historia entre dos personas tan distintas deseando sobrevivir a su relación, a pesar de las amenazas que creían superadas, será el eje central de nuestro noveno cuento, puesto que las historias reales no terminan en «felices para siempre» incluso si se trata del género de fantasía épica. Y, para dar énfasis a esto, tenemos otro relato de corte dramático: una pareja consolidada observa cómo una enfermedad cambia todo. Después, de nuevo el amor puede tomar tintes oscuros: en el cuento número once veremos un poco de él en una historia que roza con el terror.

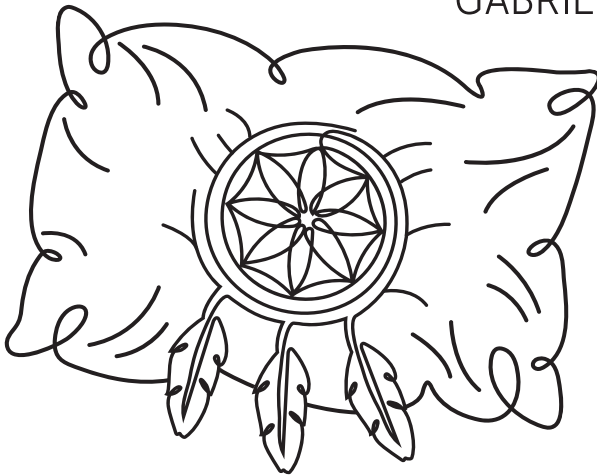
Esta antología termina con dos poderosos relatos, tan diversos y diferentes entre sí. Veremos en el penúltimo la perspectiva de un hombre al ver cómo su pareja decide luchar por su identidad: una visión íntima y bella del amor que va más allá del cuerpo. Por último, tenemos una disparatada, compleja y pasional relación entre tres hombres que rompen con los tabúes del mundo: la libertad del amor que abre la puerta a la diversidad que queremos exponer en nuestros libros.

Esta antología, como pueden observar, es una gama de visiones del amor de pareja en diferentes géneros, con personajes plurales que juegan en el hilo de un mundo heterogéneo, misceláneo y polifacético, así como las perspectivas de sus autores. Desde la fantasía hasta lo cotidiano, desde el pasado hasta el presente, desde la juventud hasta la vejez, encuentra trece relatos llenos de vida, de reconocimiento y, sobre todo, de amor en múltiples mundos.

Ha llegado la hora de que los escuchemos amar.

[Cómo un sueño se hace realidad]

GABRIELA CABRERA



*A Juan Carlos, mi sueño hecho realidad; sin él,
no existiría esta historia.*

A mamá, por ayudarme a amar la escritura.

I

—**O**TRA vez Gil preguntó por ti en la oficina —comentó Edward—, pretendía que te llamara, ¿puedes creerlo? Tuve que recordarle que vivimos en países distintos, por así decirlo, y que a esa hora seguramente estarías durmiendo.

Howie sonrió. Le causaba gracia notar que bajo la aparente exasperación de su pareja había cierto orgullo, como si le complaciera el aire de misterio que rodeaba su relación. Después de todo, lo que había dicho no era verdad, aunque tampoco podía considerarse una mentira.

—Tu amigo parece muy ansioso por conocerme, ¿por qué será?

—No lo sé, quizá tenga algo que ver el hecho de que eres mi tema favorito de conversación. Me gusta presumir que mi novio no es precisamente de este mundo.

Ambos se rieron de aquel chiste interno mientras bailaban por el enorme salón vacío como si no hubiesen peleado contra un grupo de guardias pocas horas antes. En esa ocasión, habían salvado a un pueblo de su tiránico rey, ahora derrocado. Eran unos héroes por cortar años de esclavitud y leyes crueles; por ende, nadie se opuso a que se quedaran en el castillo. Y ahí estaban, celebrando su victoria con una danza privada al compás de la música que elegían los instrumentos que se movían solos. En la mente de Edward

todavía persistían los recuerdos de la lucha: ambos armados con espadas, ambos cuidándose sin bajar la guardia. Conformaban un auténtico equipo.

—Estás bastante feliz —señaló Howie complacido.

—Y tú bastante distraído.

Lo cual era cierto. No era la primera vez.

Pese al ambiente agradable, Howie presentía que algo no estaba bien. Que algo estaba empezando a romperse. Pero no pensaba decir eso. En cambio, contestó:

—Es que no puedo dejar de pensar en qué habría pasado si hubieses llamado como te pidió tu amigo.

—¿Estás loco? ¡Habría sonado el teléfono de la oficina! Nadie sabe que te tengo agendado con ese número.

—Lo sé, pero me lo imagino y habría sido muy gracioso.

Con un movimiento de dedos, ambos pudieron ver una réplica exacta de Edward: el mismo cabello corto y castaño, los mismos ojos oscuros que solían brillar con bondad, pero que en ese momento tenían una expresión de querer morirse. Howie soltó una carcajada. Siguió riéndose, aunque Edward le pusiera zancadillas para entorpecer sus pasos.

—Qué chistosito —se burló Edward con fingida molestia. En el fondo, le alegraba oír la risa de Howie. Muy pocas cosas lo hacían reír de verdad.

Howie se inclinó y sus labios se unieron en un beso que Edward no pudo sentir, pero que imaginó como un gesto dulce. Algo similar le sucedía con los sonidos y los sabores. Si le hubiesen preguntado qué pieza sonaba o a qué sabía la comida que le sirvió Howie, no habría sabido qué responder. En ese mundo, lo único que sonaba real era la voz de su pareja. Era el precio que debía pagar para estar con él.

—Te amo —dijo Edward, sintiendo con fuerza el peso de sus palabras—. Te amo mucho.

—Y yo a ti. Te adoro.

Al menos podía quedarse con los detalles del lugar y retenerlos en su memoria. Por eso se fijó en el castillo, que parecía dorado a

base de tantos adornos cubriendo las paredes y los ventanales que iban del piso al techo; también en el suelo, pulido hasta reflejar a los dos hombres vestidos de gala que giraban bajo la luz de la luna, cuyo resplandor plateado lograba filtrarse por el techo de cristal.

Cualquiera podía pensar que ese aire de intimidad que flotaba entre ellos provenía de la penumbra, de la cercanía de sus cuerpos, sincronizados en pasos magníficos. Pero la intimidad entre Edward y Howie iba mucho más allá de eso: provenía de la certeza de compartir un mundo especial para los dos. Una burbuja en la que todo cambiaba, menos el amor que sentían.

Tras el baile, aprovecharon la noche para recorrer los pasillos. Se metieron en aventuras a través de pasadizos secretos, hallaron tesoros ocultos, se espantaron con los fantasmas que acechaban en los rincones hasta que el amanecer empezó a asomar por las gruesas cortinas. Para entonces, estaban exhaustos, pero felices, y se limitaron a entrelazar sus dedos mientras el día marcaba el momento de decir adiós.

Así eran sus citas. Fantásticas, pero siempre nocturnas.

Howie era un Devorador de Sueños y solo podían verse cuando Edward dormía.

II

Se encontraban cada noche cuando Edward cerraba los ojos y el mundo se transformaba en un espacio oscuro y vacío en espera de ser rellenado con un sueño. Para ese momento, Howie ya estaba allí. Edward nunca lo veía llegar y la verdad prefería no hacerlo. Le gustaba mantener el misterio como una constante fuente de sorpresas.

Tras un beso, ambos decidían a dónde ir al lanzar una moneda, el primer objeto que solía romper la negrura. Si Edward ganaba, se adentraban en reinos de hadas, elfos, faunos y demás criaturas míticas para salvarlas de villanos que guardaban un peligroso parecido con su jefe. En cambio, si Howie era el ganador, terminaban corriendo por callejones llenos de sombras o internándose en casas malditas, donde abundaban demonios y locura. Los escenarios de

Howie se asemejaban demasiado a pesadillas; pero incluso en ellas, pese al horror que le inspiraban, Edward se sentía a salvo.

Aun cuando él disfrutaba exhibir su lado valiente y a Howie podían aburrirle los escenarios muy cotidianos, las mejores citas que tenían eran las más comunes.

Habían construido todo un pueblo para vivir. Aunque a ninguno le importaba la falta de compañía, Howie mantenía las calles llenas de personas sin rostro, sin voz, cuyo propósito era ser el relleno de un cuadro que se hubiese visto desolado y aterrador de otro modo. Disfrutaban caminar entre la multitud, pasear por tiendas, visitar cafeterías y restaurantes, ir a bibliotecas donde los libros tenían hojas blancas y vacías que Edward llenaba con cuentos y Howie con experiencias de otros sueños.

Esas sí que eran salidas mágicas.

No importaba que llevaran cuatro años juntos, siempre descubrían cosas nuevas. Un día, al ver ropa en los escaparates, Edward supo que a Howie le gustaba el color negro en contraste con su preferencia por tonos claros; en otro, mientras hojeaban un menú, se dio cuenta de que les gustaba el mismo tipo de comida. En otras ocasiones, una elección de cuentos los llevaba a hablar de películas, de ideales, de metas.

Si no se sentían de humor para caminar, permanecían en la casa que ambos construyeron al unir sus estilos favoritos: armaron una cabaña con piscina, algunas habitaciones cubiertas de papel tapiz floreado y otras tantas pintadas de color oscuro junto a una mezcla de adornos acristalados, de porcelana, plata, latón y oro. Cuatro paredes de madera que habían visto peleas, reconciliaciones y miles de muestras de amor, tanto en palabras como en acciones. Cuatro paredes que conformaban un hogar.

En un entorno así, la barrera que separaba la realidad de los sueños casi desaparecía para Edward. El despertar, durante los primeros años, no le representó ningún problema; sin embargo, poco a poco, esto le comenzó a caer como un balde de agua fría.

La realidad, de tan aburrida, tan desvaída, semejava más un sueño.

III

Cuando Edward estaba despierto, Howie iba a otros sueños. Y, si ya estaba lleno, se ponía a recordar. No hay nada tan similar a los sueños como un recuerdo.

Le gustaba acordarse de cuando conoció a Edward, cómo supo que era un muchacho especial.

Sí, podía ser una forma cliché de llamarlo, excepto porque era un ser sobrenatural. Su misión para sobrevivir consistía en entrar en los sueños de los demás y comérselos, quitándole a su víctima cierta parte de su felicidad. Actuaba como uno de esos rostros que todos han visto, pero que nadie asocia con alguien conocido. Podía comerse el sueño de ser cantante o actriz, podía incluso el de tener un hijo o viajar a cierta parte del mundo. Al despertar, la víctima no lo notaba, nunca lo haría, a menos que alguien a su alrededor se diera cuenta de que algo había cambiado. Si le preguntaban: «Oye, ¿qué pasó con tu sueño?», la persona no sabría qué responder porque no podría explicar la desaparición de algo que se había borrado por completo, incluyendo el mero recuerdo de su existencia.

No lo hacía intencionadamente, pero lo cierto era que muy pocas personas podrían enamorarse de alguien como él. Ni siquiera se animarían a hablarle, suponiendo que lo reconocieran.

Pero Edward sí lo hizo.

—¿A nombre de quién te hago el autógrafo? —le dijo Edward en un sueño donde se había convertido en un escritor de fama internacional.

No le habló a nadie más, solo a él, como si hubiese descubierto que se trataba de un intruso. La sorpresa lo hizo desistir de comerse uno de sus sueños, y esta dio paso a la genuina curiosidad. Si volvía a visitarlo, ¿se acordaría de él?

—Dime, ¿estuvo bueno el libro? —preguntó Edward.

Fue durante su segunda visita. Era un mundano sueño sobre ascender hasta presidente de la empresa de dulces donde Edward trabajaba en la vida real. Howie pestañeó repetidas veces, sorprendido.

—No pensé que te acordarías de mí.

—¿Cómo no? No te conozco de nada, pero aquí estás, en mi empresa, ensuciando mi alfombra. Y es la segunda vez que te veo.

Howie supuso que al comienzo Edward no notaba lo extraño de su situación hasta que lo vio aparecer a menudo, sin importar el escenario. Howie pensó que, una vez se diera cuenta, se vería obligado a devorar uno de sus sueños para evitarle el terror profundo que le iba a causar; no obstante, lejos de espantarse, Edward se asombró y se sintió emocionado. Por fin, por fin le estaba ocurriendo algo fantástico.

Howie comprendió que había entrado en los sueños de alguien extremadamente desesperado, lo suficiente como para recibir con felicidad cualquier cosa que cambiara el panorama monocromático y seco de su vida. Con el tiempo, comprobó que Edward vivía por inercia, sepultado por la inmensa cantidad de cosas que soñaba y por las constantes pesadillas donde sus sueños se retorcían y mutilaban.

Soñaba con cambiar su personalidad tímida y ser más extrovertido, pensando que así no se sentiría tan solo. Soñaba con abandonar su indecisión y ser recompensado con un ascenso, con renombre, con algo de la fama que ansiaba. Soñaba con no decepcionar a las escasas personas que todavía se juntaban con él. Soñaba con no ser un fracaso.

Sueños. Sueños. Sueños.

Sueños que no se volvían realidad.

Howie podía comprender gran parte de sus sentimientos. Hasta entonces, no se había dado cuenta de que él también se sentía solo y vacío. Por eso se mostró tal cual era, con la apariencia que adquirió como propia: con su largo cabello negro recogido en una coleta y ojos dorados tras unos lentes que no necesitaba, pero que ayudaban a conferirle un aspecto más normal, casi humano.

Ambos se aceptaron de la misma manera en que se acepta el sol luego de mucho tiempo en las sombras. Eran distintos, pero sus emociones iguales. De la comprensión mutua, nació la admiración, misma que trajo atracción consigo, y la confianza y las

experiencias dieron paso a un amor cada vez más fuerte y a una auténtica felicidad.

Eran felices.

Eran felices, ¿verdad?

Entonces, ¿qué estaba fallando?

IV

Pasaron varias semanas después de la cita en el castillo.

Edward ganó otra vez y Howie se inquietó. Últimamente, prefería sus citas comunes a las de fantasía o terror. Parecía que visitar mundos irreales, esos en los que cualquiera querría hundirse en algún punto de su vida, molestaban a Edward. Más que molestarlo, era como si los empezase a odiar. Sin embargo, seguía escogiéndolos una y otra vez. Con eso, la sensación de que algo se rompía era más fuerte.

Antes de poder decir algo, Edward imaginó el mundo al que quería llegar. La negrura fue dando paso a la entrada de una cueva rodeada por un bosque de pinos. Dentro se vislumbraba la silueta de un enorme dragón, el cual resguardaba un cofre rebosante de oro y gemas preciosas, todas robadas de quienes se atrevían a acercarse. Se notaba el horrible final de las víctimas en los esqueletos despedazados. Sin embargo, lejos de intimidarse, ambos invocaron sus armas: Edward, una larga espada que no hubiese podido alzar en la vida real; Howie, un arco y flechas.

El dragón despertó y, ajustándose al plan que habían usado en situaciones similares, Howie se presentó ante él para distraerlo. La bestia no tardó en atacarlo con todas sus fuerzas. Buscaba aplastarlo bajo el peso de las garras que apenas Howie lograba esquivar. El dragón intentó golpearlo con su larga cola, destrozando varios árboles en el proceso. A Howie no le daba tiempo de disparar sus flechas, pero Edward aprovechó la oportunidad para subirse en la bestia desde la cola. Imaginaba que la piel de este debía sentirse áspera al tacto por las escamas, pero en realidad no tenía forma de comprobarlo. Lo único que sintió, en cambio, fue una punzada

de decepción que amenazaba con convertirse en otro sentimiento igual de devastador.

De repente, el dragón abrió sus alas y voló, posicionándose para escupir fuego y acabar con la vida de los intrusos. Howie miraba hacia todas las direcciones posibles y Edward casi creyó que estaba preocupado por no encontrar un refugio más allá de la cueva, donde fácilmente quedaría calcinado si el dragón lo acorralaba en la entrada. Como si no fuera un ser igual de poderoso. Como si fuera humano. Como si aquello fuera real.

En vez de sentir la oleada de emoción que solía impulsarlo, lo que invadió a Edward fue una rabia inmensa; eso le hizo atravesar al dragón con la espada, tiñendo sus ropas de un líquido rojizo, espeso, que en realidad no lo empapaba. No sabía si era caliente o frío, si era viscoso o tenía olor. Más que nunca, se sintió como un fantasma.

El dragón cayó entre una alfombra de pinos y, aunque Edward estaba seguro de no haberse esforzado tanto como para causarle heridas mortales, este dejó de moverse.

La falta de peligro real, la ausencia de un ambiente donde mostrar ese lado de su personalidad que tanto deseaba sacar, lo molestó. De paso, odió esa parte suya que se alivió ante la falta de riesgos, ante lo calculado de aquella situación.

No es real, gritaba en su mente. No es real. No es real. No es real. Entonces...

—¡Eddie! —lo llamó Howie mientras corría hacia él y lo estrechó en un abrazo fuerte que duró unos segundos.

Este notó la tensión en el cuerpo de su pareja, una señal de alerta que lo hizo alejarse. No supo de dónde procedía la ira contenida en los ojos contrarios, pero sí comprendió que algo tenía que ver con el problema que llevaba percibiendo desde hacía meses.

Prefirió no hacer preguntas.

Se hacía una idea de lo que podía estar sucediendo. Era observador y tenía tiempo de sobra para pensar. Su silencio solía traerle problemas, pero era un defecto que se negaba a cambiar;

por encima de todo, no quería presionar a Edward. Eligiría callar antes que obligarlo a discutir sobre lo que no le gustaba. Si tenía algo que decir, si sus temores resultaban ser ciertos, ya se lo haría saber. Edward no era de los que se guardaban las cosas, sobre todo las que lo enojaban; pero cuando eso ocurría, sus pensamientos se expresaban con gritos, producto de una paciencia forzada, un intento fallido por no herir a nadie.

Veía venir uno de esos momentos. Una tormenta. Y mientras esperaba a que estallara, optó por actuar como si no se diese cuenta.

—Todavía falta para que amanezca, nos da tiempo de revisar el tesoro —dijo, guiándolo hacia la cueva.

Howie se mantuvo con la vista fija en el camino que se extendía delante, queriendo evitar la mirada de su novio. Por su parte, Edward observaba con el ceño fruncido sus dedos entrelazados, pensando, pensando...

Entonces él, nuestra relación, tampoco es real...

En el mundo que sí lo era, Edward lloraba dormido.

V

Howie preparó varios planes para la tormenta que se avecinaba, aunque no estaba seguro de cuál sería más efectivo. En momentos así, se preguntaba si no sería igual de indeciso que Edward, quizá más, y la única diferencia radicaba en lo poco que expresaba sus inseguridades. Para Howie, había muchas probabilidades de que la tormenta estallara tras una lucha o un momento particularmente tenso. Sin embargo, la tormenta llegó en el instante menos esperado.

De hecho, llegó durante una cita común.

Ambos habían ido a la playa. Caminaron en silencio por la orilla, tomados de la mano. El agua les lamía los pies, y cada vez que las olas los salpicaban, Edward apretaba las manos y los dientes. Howie llevaba una manta mal enrollada bajo el brazo, misma que decidió extender para sentarse a contemplar el alba. Palmeó el espacio libre a su lado, pero Edward no se sentó.

—Me gusta el sol —comentó Howie. Tenía una idea en mente, y si resultaba estar en lo cierto, sus palabras tendrían el efecto de la gota que derrama el vaso con agua—. Casi no puedo verlo por mi trabajo, pero cuando tengo la oportunidad de pisar el mundo exterior, disfruto la luz del día.

—El mundo... ¿has estado en el mundo exterior? ¿Fuera de los sueños?

—Sí —respondió Howie con lentitud—, varias veces.

Edward explotó.

—¿Has estado en el mundo exterior varias veces y nunca me lo habías dicho! Llevamos años viéndonos de esta manera, ya deberías saber que no me hace feliz. ¡Por Dios, a veces pienso que estoy loco! Salgo con alguien... con *algo* que solo vive en mis sueños. —Edward ignoró el gesto dolido de Howie ante la palabra «algo»—. ¿Y ahora vienes y me dices que puedes salir cuando te da la gana? ¿Por qué nunca me habías explicado esto?

—No quería.

—Bueno, será mejor que quieras explicarte ahora mismo, Howard.

—No quería y no quiero. No he tenido problemas para explicarte qué, cómo, cuándo y por qué hago las cosas. Por favor, te pido que pienses en eso...

—Sí pienso en eso. Y entre más lo hago, más insólito me parece que no me hayas dicho algo tan importante. No tienes idea de lo mucho que me molesta esta estúpida playa y no sentir el mar. Hasta hace unos minutos me enojaba pensar que tú no supieras lo que es tocar el agua, pero ya veo que sí debes saberlo —agregó mordaz—. Me molesta que me pregunten por ti en el trabajo porque recuerdo que no puedo sentir tu piel, no sé qué tan suaves son tus labios ni la calidez de un abrazo. Y lo odio. Lo odio.

»Creo que incluso odio los lugares que creamos para hablar; cada vez que no puedo sentir algo, es un recordatorio de que todo esto es ficción. No es real. ¡No es real! Y si no es real, tú ni nuestra relación existen.

—¿Y?

—¿Y?! ¿Y qué?!

—¿En qué te afecta todo esto de manera tan personal? No creo que tanto «odio» venga solo por nuestra relación.

—¡Cómo se nota que no eres humano! ¡Por supuesto que me afecta que mi novio no sea real! Estar contigo es como un sueño, soy la persona que siempre he deseado ser. No me da rabia que los dragones no existan o ese tipo de cosas, no soy tan infantil. Lo que me da rabia... lo que más odio, junto al hecho de no tenerte a mi lado en el mundo exterior... es que si nada de esto existe, tampoco es real el hecho de que pueda cambiar y ser esta versión que ves en mí. Aquí... aquí puedo mostrar cómo quiero ser. Por nuestras aventuras. Por ti. Y si esto no es más que una ilusión... yo no...

Edward calló. A medida que cedía el arranque de furia, su voz se quebraba y las lágrimas amenazaban con empañar su vista. Quería agregar el «llorar» a su lista de cosas que odiaba por un simple motivo: entorpecía su hablar.

Howie se levantó y lo abrazó sin dudarlo. Recordó las primeras discusiones: cómo se acercaba con cautela, como si Edward fuese a morderlo, como si él fuese a lastimarlo con un abrazo. Pero en ese punto, Howie sabía que detrás de la rabia solían esconderse el miedo y el dolor. Y era obvio, para ambos, que Edward se sentía herido.

Permanecieron un rato abrazados; mientras se calmaba, Howie le acarició el cabello sin dejar de mirar la luna desapareciendo en el horizonte. Pronto el cielo pasaría del negro a un azul verdoso, o quizá a una mezcla de amarillo y naranja, creando un crepúsculo.

—No te lo dije porque quería evitar esto —susurró Howie sin separarse—. No puedo aparecer «cuando me da la gana». Para hacerlo ante alguien, necesitaría comerme uno de sus sueños. ¿Y qué pasa cuando devoro un sueño?

—Le quitas una parte de su felicidad.

—Exacto. No quiero hacerte eso. No quiero quitarte ninguna de las cosas que te hacen ser quien eres.

—Pero dijiste que esa persona no se da cuenta de lo que ha perdido...

—No —respondió Howie tajante al darse cuenta del punto al que Edward pretendía llegar. Se apartó lo suficiente para atravesarlo con la mirada más seria que le había dedicado—. No voy a quitarte nada. No voy a hacerte daño. Nunca me ha gustado devorar los sueños de otros para vivir y me rehúso a devorar los de la única persona que amo.

—Pero quiero verte. Deseo verte en persona. Hay sueños que no me molestaría sacrificar para eso.

—¡No! Ni siquiera sabes lo que dices. No hables. Además, ya amaneció.

Antes de que Edward replicara, Howie hizo algo que casi nunca hacía: lo empujó usando sus poderes como Devorador. Lo empujó fuera del universo que habían creado. El mundo se tornó negro mientras Edward caía. Le pareció que iba a impactar contra el suelo en segundos, y una sensación de vértigo y temor le subió desde el estómago hasta el pecho.

Caía.

Caía.

Se despertó de un salto en la cama.

VI

Mientras estaban en un restaurante, esperando a que la lluvia cesara:

—Podría renunciar a mi sueño de ser escritor.

—No.

Mientras estaban acurrucados, junto a la chimenea de su casa, la cual tenían solo para ajustarla a la época navideña:

—No me importa si nunca me nombran jefe de la empresa. Pensándolo bien, son demasiadas responsabilidades.

—No.

Mientras huían por calles desiertas, cuyas farolas apenas arrojaban un charco de luz sobre el pavimento:

—Vamos, es tonto pretender encontrarme una maleta con treinta mil dólares. Puedo prescindir de eso.

—¡No! —exclamó Howie y, con un chasquido de sus dedos, la luz parpadeó hasta extinguirse tras un crujido.

VII

Una noche, Edward no se reunió con Howie.

Tampoco acudió la noche siguiente.

VIII

Durante esos dos días, Howie permaneció en el mismo punto desierto donde eran sus encuentros. Daba vueltas a un montón de posibilidades, cada una peor que la anterior. Pese a la infelicidad que cargaba fuera de los sueños, Edward no conocía el insomnio. ¿Le habría pasado algo? ¿Se habría hecho daño?

Si él estuviese presente, podría llamarlo, ir a su casa, ser un apoyo.

Si él estuviese presente, ¿pasaría eso?

Llegó a la conclusión de que no, no pasaría.

Howie iba de un lado a otro una y otra vez, en círculos y círculos de desesperación. La idea de estar presente para Edward era tentadora. Él, quien no creía tener derecho a soñar, deseaba con todas sus fuerzas poder abrazar a su pareja y dejarse envolver por su calor, su aroma, su gentileza. Había algo en esas sensaciones que no podía imitar ni la mejor de sus ilusiones. Pero... ¿a qué precio?

Pensó en todos los sueños a los que Edward estaba dispuesto a renunciar. Sabía de lo que era capaz por la firmeza de su voz y el brillo determinado en sus ojos. Sabía que estaba dispuesto a ceder, a sacrificar algo por ellos y la relación que tenían.

¿Y él? ¿A qué estaba dispuesto?

—No quiero sacrificar nada...

¿Y si se marchaba? ¿Su ausencia bastaría para que Edward lo olvidase?

Lo dudaba. No necesitaba ser completamente humano para entender que los sentimientos que él le generase a Edward estaban fuera de su control. No podía forzarlo a olvidar u odiarlo, eso dependía completamente de su pareja. Tampoco era que deseara ganarse emociones negativas de la única persona que le importaba. Entonces... ¿qué debía hacer?

Continuó pensando.